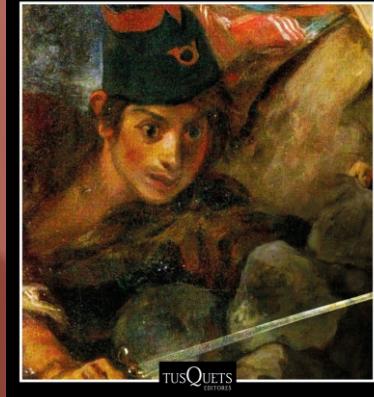




# Visita al territorio de Vuillard

Éric Vuillard  
14 DE JULIO

*colección andanzas*



# La *folie* Titon

Una *folie* es una casa de recreo, extravagancia de arquitecto, desmesura principesca. Su porte ligero, delicado, y el libertinaje de las luces a través de las innumerables ventanas anuncian el reino burgués de la segunda residencia. Imita las villas de Palladio, es un Vitruvio para empresario, un Alberti de petimetre. Pero de entre todas las *folies* que se construyeron en Francia, en la Borgoña y en la región de Burdeos, cerca de Montpellier, a orillas del Loira, pabellones delirantes, coquetos jardines, con sus islas de magnolios y sus cuevas de musgo, donde enjambres de sombrillas se desperdigan por las avenidas, fue la *folie* Titon la que, en las postrimerías del Antiguo Régimen, dio que hablar. Su gloria reside en haber visto despegar un globo Montgolfier con dos hombres en su barquilla por vez primera en la historia del mundo. El papel que envolvía el globo procedía de la manufactura Réveillon, instalada en la *folie* Titon, en la barriada de Saint-Antoine, en París. Su segunda gloria fue la última. El 23 de abril de 1789, Jean-Baptiste Réveillon, propietario de la manufactura real de papeles pintados, se dirige a la asamblea electoral de su distrito, y exige una bajada de salarios.

Emplea a más de trescientos trabajadores en su fábrica, en la rue de Montreuil. En un momento de relajación y de pasmosa franqueza, afirma que los obreros pueden vivir sobradamente con quince sueldos en vez de veinte, que algunos tienen *los bolsillos llenos* y pronto serán más ricos que él. Réveillon es el rey del papel pintado, lo exporta al mundo entero, pero la competencia es feroz; le gustaría que la mano de obra le saliese más barata.

La moda la había lanzado María Antonieta, que había mandado empapelar las paredes de su tocador: amorcillo abrazando una paloma bajo un dosel floral, angelotes disparando con arco, grutescos, grupos bucólicos, escenas protagonizadas por monos. Y esa moda del papel pintado, sublimemente pintado, estarcidos, pinceles, se había difundido por Europa; fue entonces cuando entre dos suntuosas fiestas, ahuecándose con un gesto delicado de la mano su chaleco frambuesa apagado y ajustándose el fular crema, Jean-Baptiste Réveillon se planteó seriamente, debido a la furiosa competencia internacional, su recorte salarial.

Pero el pueblo tenía hambre. El precio del trigo había subido, también el del candeal, todo estaba caro. Y hete aquí que Henriot, fabricante de salitre, anunció por su parte exactamente lo mismo. En los suburbios, la gente comenzó a murmurar. Por las noches se reunían en las tabernas, gritaban, renegaban, se tomaban su copita preguntándose si en adelante podrían llegar a fin de mes. Todo el mundo estaba agitado, inquieto. La noche del 23 de abril de 1789 fue una larga noche de discusiones, de quejas y de ira.

Esto sucedía poco antes de la apertura de los Estados Generales, varias veces aplazada. La gente se manifestó. Un día, dos días, en vano. Réveillon y Henriot debían de creer que se les pasaría, que entre dos lingotazos de tintorro, entre dos mendrugos de pan, se tragarián la píldora, ¡por fuerza se la tragarián!, y que, muy pronto por la mañana, regresarían todos ellos a arrodillarse ante sus máquinas y currar para vivir; porque ¡bien hay que vivir!, uno no puede pasarse la vida berreando en la place de Grève. Pero las protestas no cesaron.

Y es que una gran hambruna azotaba Francia. La gente se moría. Las cosechas habían sido malas. Muchas familias mendigaban para vivir. Aquí y allá, convoyes de grano habían sido atacados, graneros saqueados, almacenes asaltados. La gente rompía vidrios a pedradas, desventraba barricas a cuchilladas. Habían estallado motines contra el hambre en Besançon, en Dax, en Meaux, en Pontoise, en Cambray, en Montlhéry, en Rambouillet, en Amiens. Aquí y allá, se insultaba a los magistrados, se asediaban sus palacios, resultaban heridos soldados. Era un pueblo de mujeres, de niños, el que se rebelaba. También, un pueblo de gente desempleada. De seiscientos mil habitantes, París contaba con ochenta mil almas sin trabajo ni recursos. Entonces la agitación se extendió a los que vivían en cuchitriles, se les había apartado de los debates y del voto de preparación a los Estados Generales, saltaba a la vista que no había gran cosa que esperar, que lo único que iban a dejarnos sería el frío del siguiente invierno y la hambruna; el asunto iba a decidirse entre gente de bien.

La tarde del 27 de abril, una multitud afluyó desde Saint-Marcel, reclamando el pan a diez sueldos mientras gritaban: «¡Mueran los ricos!». Arrastraron dos monigotes ante el Ayuntamiento, uno representando a Réveillon, otro a Henriot; los quemaron. La cabeza de Réveillon ardió bajo las farolas, el humo volaba hasta las ventanas, se estrellaba contra el roleo. La gente lloraba. Los magistrados se ocultaban amedrentados tras las cortinas. Las cenizas formaban ya lodo. En torno a la plaza, los miembros de la guardia francesa empuñaban las armas. Las mujeres les gritaban a la cara, las bocas retorcidas en la mugre del aire, que no había derecho a reventar de hambre. Los soldados las apartaban con cuidado, las alentaban a volver a sus casas. Entonces comenzó todo. La gente se dirigió primero hacia la rue de la Cotte, donde la mansión de Henriot quedó arrasada. Tras derribar el portalón, de cuyos goznes de hierro seguían pendiendo trozos, se precipitaron dentro gritando al unísono. Las mujeres se abalanzaron hacia las cocinas, recogiendo en sus faldas grano o harina, los hombres se

sonaban en las colgaduras, los niños meaban acuclillados bajo las mesas, la multitud corría de una habitación a otra, atónita, rodando barricas de vino, después escapando en medio del fuego que se había declarado, escupiendo en los retratos, tambaleándose, pateando entre un lujo inconcebible que se destruía, removiendo en los cajones, hurgando en las alacenas, los armarios, la bodega. Pero no fue suficiente.

Siempre han vivido en casas de adobe y tablones, con sillas sin paja, sin fuego, mascando pan malo. Eso hace que la ira ascienda tanto como quieren bajar los salarios. Durante la jornada del 28, se extienden los disturbios. Acuden de todos los barrios aledaños, desde la otra orilla del Sena. Recogen a su paso a los gancheros, a los mendigos que duermen bajo los puentes; y, por la noche, consiguen forzar la entrada de la *folie* Titon. Es el desquite del sudor contra la sombra de la parra, el desquite de lo canallesco contra los angelotes mofletudos. Allí está la *folie*, la *folie* Titon, donde el trabajo se troca en oro, donde la vida agostada muta en golosina, donde todo el trabajo de los hombres, cotidiano, ingrato, donde toda la mugre, las enfermedades, la indigencia, los niños muertos, los dientes podridos, el pelo estropajoso, las callosidades, las desazones de toda el alma, el mutismo espantoso de la humanidad, todas las monotonías, las rutinas mortificantes, las pulgas, las sarnas, las manos asadas por las calderas, los ojos que relucen en la negrura, las penas, las desolladuras, el puaj del insomnio, el aj de la chiquillería, allí es donde todo eso se convierte en miel, en cantos, en preciosos cuadritos.

La multitud corre por los jardines de la manufactura. Aprietan el paso entre los pequeños setos de color verde tierno, atraviesan el río de la Inclinación por el puentecillo de la Estima antes de quedar atrapados entre los bosquecillos, dentro del secreto de los ricos. Algunos grupos se detienen al pie de la casa, bajo la sublime fachada, admirando frontones, balaustradas, y experimentando ellos también, por un instante, una sensación de gracia, de equilibrio, encandilados por el ansia de proporción y de simetría. Pero el orden

y la belleza no perduran demasiado. Una suerte de asco embarga a la multitud. La seducción deja de hacer mella, la majestuosidad de la *folie* Titon se diluye entre la grava del patio. Tan sólo queda la *folie*, la locura, la de las grandezas, con su cráneo perforado.

Sí, aquí, en la casa de Réveillon, todo se troca en lujo, telas, espejos, pequeños útiles para peinarse, maquillarse, rizarse el pelo entre gentiles amorcillos. Sí, todo se transforma en todo, el cordel en cordón de cortinas, la hoz en lindas tijeras, el calzón en batín, los orines del penco en hilera de frascos de perfume. Sí, aquí la mosca es una abeja pintada en el dintel, el pozo es una fuente, la madera cariada un parterre, la turba pringosa un bonito parqué, los desesperos de cada día una clase de piano, el tejado con goteras se convierte en otro piso, y un amasijo de miles de barracas se metamorfosa en *folie*. Sí, era hermosísima la *folie* Titon. Pero, ahora, sus colchones iban a vomitar sus tripas de lana y sus zapatos a perder los tacones.

Una turbamulta de hombres, fascinada, consiguió, a través de una muselina de telarañas, arrancar unas botellas de las entrañas de la tierra. Era el néctar de las Luces, proveniente de la bodega de Montesquieu. Rompieron los cuellos de vidrio en las escalinatas del palacio y se echaron al coleto los más selectos caldos, ensangrentándose las fauces. ¡Qué cosa más buena!, no hay nada como despacharse de un tirón un vino de mil libras, pimplarse a chorro un Château Margaux. La cisterna bien repleta, se levantaron bamboleándose, la sesera hecha un pudín, zumbados, las lentes de piel de salchichón y mascaloteando como vacas. El producto sustraído del trabajo ha de ser derrochado y su delicadeza debe degradarse, ya que todo tiene que brillar y todo desaparecer.

Así comenzó la revolución, el 28 de abril de 1789: saquearon la hermosa mansión, rompieron los cristales, arrancaron los doceles de las camas, rasgaron las tapicerías de las paredes. Lo rompieron y lo destruyeron todo. Derribaron los árboles; prendieron tres inmensas hogueras en el jardín. Miles de hombres y mujeres, de niños, arrasaron el palacio. Querían hacer cantar a las lámparas de

araña, querían bailar entre los velos, pero, sobre todo, ansiaban saber *hasta dónde se puede llegar*, aquello que una multitud tan numerosa *puede hacer*. Fuera había una masa de treinta mil curiosos. Pero van desarmados, sólo disponen de palos y adoquines. Y de pronto llegan los gendarmes. El gentío les dirige una catarata de insultos y silbidos. Desde los tejados llueven piedras y tejas de pizarra. Desadoquinan la rue de Montreuil. ¡Qué gustazo apedrear a los guindillas! Sin eso no hay libertad que valga. La caballería avanza contra la multitud; la gente retrocede en medio de las babas de los caballos, frente a los sables que relucen. Entonces, los soldados arman los fusiles y disparan. La primera salva mata a mucha gente, la multitud se pega a las paredes, se acurruca como puede; lanzan tejas desde los tejados, gritan. Pero vuelven a cargarse los fusiles: ¡fuego a discreción! Decenas de muertos cubren la calle. En ese momento se produce una desbandada. La gente corre, se atropella, es la gran colada bajo el jadeo del cielo. ¡Las mujeres gritan a los soldados que no maten, que tengan piedad! Prosiguen los disparos, se hacinan los cuerpos, los soldados a caballo recorren las calles sableando por la espalda a los que huyen. Se habla de más de trescientos muertos y otros tantos heridos. Los cadáveres fueron arrojados a los jardines de los alrededores, a las carretas de estiércol de los huertos cercanos, amontonados. Hubo también algún ahorcado. Después marcaron al hierro candente a los agitadores, a quienes se mandó a galeras. Y se dice que, aparte de la del 10 de agosto de 1792, fue la jornada más mortífera de la Revolución.

# La Tombe-Issoire

El saqueo de la *folie* Titon se consideró un desastre. Se contabilizó el menor pomo de puerta desaparecido, cada paleta de chimenea, cada pinza, el más pequeño pedazo de tapicería arrancado, los manteles desgarrados, las almohadas reventadas, las tazas de porcelana deportilladas, las chaquetas de seda hechas jirones, el satén reducido a confeti, los innumerables chalecos de lino, los saltos de cama de la señora, los montones de pañuelos quemados, todo se contabilizó con precisión, meticuloso inventario donde se apilan las cifras, nueve mil libras por aquí, siete mil por allá, diecinueve mil libras por aquí, dos mil quinientas por allá. Pero el número de muertos entre los habitantes del barrio, en cambio, permanece vago, indefinido.

Dos días después de las revueltas, Odent y Grandin, comisarios en el Châtelet, sede de la policía, las mazmorras y la morgue, escoltados por el doctor Soupé, bata negra y maletín cargado de bisturíes, y guiados por el conserje de las catacumbas, pasaron bajo el dintel de la puerta de la Tombe-Issoire. Enfilaron una triste escalera antes de zigzaguear en la fría oscuridad de las antiguas

canteras. Luego, al llegar ante una puerta cerrada con candado, les invadió una especie de malestar. Ambos comisarios estaban, sin embargo, habituados a los asuntos criminales, pero de aquellos siniestros dédalos se desprendía algo inhabitual. A Dios gracias, la institución sirve de armadura, uno se olvida de sí tras la máscara, enyesado por el traje; y así, tan pronto como se abrió la puerta y divisaron los cadáveres, se pusieron a trabajar.

Según los términos del atestado que se instruirá esa misma tarde, se hallaban allí dieciocho cadáveres de sediciosos, muertos durante la revuelta Réveillon; dicho de otro modo, dieciocho obreros del barrio de Saint-Antoine. Los sepultureros los agarraron por las piernas y por los brazos; las cabezas, caídas hacia atrás, se bamboleaban, los cabellos barrían el suelo. Los alinearon. A continuación, Grandin repartió a los sepultureros unos números escritos en tarjetas. Trastabillando con sus zapatones, los sepultureros se inclinaron sobre los muertos, prendiendo en sus ropas los números que se les había entregado. Una vez colocadas las etiquetas, los sepultureros se retiraron junto a la puerta; y los comisarios procedieron a realizar una escrupulosa descripción de los cuerpos.

El número 1 es un hombre de unos treinta y cinco años, lleva el pelo largo recogido en una coleta, tiene la nariz aguileña y el rostro afilado. Viste una chaqueta de paño grueso, chaleco rojo con botones de cobre y camisa de tela basta; lleva un pantalón azul y un delantal de bayeta. Pero el objeto de la visita no es efectuar un retrato del difunto ni detallar su vestimenta: los sediciosos son sospechosos de robo. De modo que se procederá a registrar sus bolsillos. Odent hace un breve movimiento hacia atrás con la cabeza, un sepulturero sabe de inmediato lo que eso significa. La hilera de cadáveres es larga. Están tiesos y fríos, en total hay dieciocho peleles tumbados en el suelo del sótano. Aquí son más los muertos que los vivos. El sepulturero obedece, lentamente, pasa entre los cuerpos, se inclina, vuelve del revés el bolsillo del delantal, nada.

Acto seguido se realiza un inventario de las heridas y de las causas de la muerte. Soupé abre el maletín, extrae un escalpelo, unas pinzas y tijeras. Recorta la ropa, limpia rápidamente la llaga, separa los labios de la herida con unos ganchos. La camisa del difunto está llena de sangre. Se le salen los intestinos por el costado.

Vuelta a empezar. Número 2. Un mozo de dieciséis años. Pelo largo en una cola de caballo, nariz respingona, rostro moreno. Y respecto a su ropa, la misma chaqueta de paño gris, el mismo chaleco de algodón, los mismos botones de cobre, pero desparejados, el mismo delantal, con calcetines de lana por añadidura. Una vez más, Odent hace una señal con la cabeza, el sepulturero se inclina e introduce su manaza de hombre en el bolsillo del muchacho. Nada. Pero, en su caso, el hueso parietal está fracturado y el occipital reventado. Lo cual significa que lo hirieron por detrás, que le hundieron el cráneo a golpes de sable o de bayoneta.

Y así sucesivamente. Número 3, veinte años de edad. Un guapo mocetón de un metro setenta, de cabello castaño y alborotado. Lleva chaqueta y chaleco de lana. Y como todos los demás, lana gruesa y algodón grueso, botones *desparejados* y chaqueta *tosca*; pero también las mismas telas miserables: de paño la chaqueta, de tela basta la camisa, de algodón el chaleco, de sarga el calzón, de lana los calcetines; y la misma ropa de trabajo, pobre o miserable: calzón de piel, chaqueta de paño y delantal de bayeta. Y nada tampoco en los bolsillos, pero una gruesa llaga encima del ojo y el hueso de la frente abierto, meando trozos de seso y cuajarones de sangre.

Se pasa al número 4. Tiene la cara redonda, sanota. Pelo recogido en la espalda. La nariz corta y ancha. Viste con tela gris, una camisa de tejido basto, corbata de muselina, chaleco de grueso algodón. El sepulturero registra al muerto. Grandin alza las cejas; le brillan los ojos tras las gafas. El techo de piedra rezuma unas gotas; hace bastante frío, al comisario le pica la garganta, tenía que

haberse abrigado más. El sepulturero se vuelve y se encoge de hombros: nada en los bolsillos.

Pasa por encima del cadáver para acercarse al número 5. De nuevo un joven de veinte años. De nuevo pelo oscuro y cara redonda. De nuevo la ropa de tela gruesa, de paño gris, y los calcetines de lana. Y de nuevo, los bolsillos vacíos. Pero una herida considerable en la cara y la parte posterior del cráneo hundida. El sepulturero da vueltas en torno al cadáver, tropieza y le pisa la mano; recobra el equilibrio como puede, apoyándose en el pecho del muerto; se incorpora. Un círculo de luz blanquea la bóveda. Y sigue la letanía, número 6, número 7, número 8, número 9 y 10 y 11, y así hasta el 18: nariz aguileña, rostro alargado, cabello oscuro recogido en una cola de caballo, y luego los pingos, chaleco de tela color verde oliva forrado de sarga, camisa de tela basta. Son muchas las colas de caballo, los calcetines de lana, los pechos abiertos, las heridas bajo la axila y los cráneos hundidos. Muchos los bolsillos vacíos. Pero en los dieciocho cadáveres de Montrouge, ni un ochavo. Habían registrado todos los bolsillos, pero no encontraron más que viejas tabaqueras, una llavecilla y algún mísero útil de trabajo. Nada más. Ni un solo *bolsillo lleno*.

El domingo 3 de mayo, en vez de deambular tranquilamente por los muelles del Sena o echar una partida de cartas, Louis Petitanfant, deshollinador, y Louise Petitanfant, sirvienta, se encaminaron hacia Montrouge. Hacía un día agradable. Subieron durante largo rato por la rue Saint-Jacques y luego por el barrio de Saint-Jacques; pasaron por delante del Observatoire, se embarraron los pies, siguiendo recto, siempre recto por el camino del Bourg-la-Reine, jalonado de campos hasta las barreras, los puestos de control de entrada a la ciudad. Louis se quitaba de cuando en cuando el sombrero y se enjugaba la frente. Caminaban en silencio. Una vez pasada la

Charité, llegaron a la Tombe-Issoire. Allí tuvieron que esperar a que les abriera el conserje; permanecieron comedidos ante la puerta. Louis sostenía el sombrero entre las manos. Guardaban silencio. Luego volvió el conserje y les indicó que lo siguieran. Bajaron la escalera, pesadamente, apoyándose en las paredes. Estaba oscuro y húmedo, el farol iluminaba mal. Por fin llegaron a la puerta de la catacumba. El conserje giró la llave en el candado.

Era una gran sala oscura, los cadáveres estaban tendidos boca arriba, apestaba; Louise se cubrió la cara con el delantal. El conserje les indicó que avanzaran, andaba mal de tiempo. Caminaron despacito ante la hilera de muertos, echando una mirada al pasar a aquellos rostros desconocidos, algunos parecían dormir, otros, ya verdosos, resultaban inquietantes. Sin decirlo, abrigaban la esperanza de no encontrarlo allí, de que hubiera pasado la noche fuera y de que regresara a casa al cabo de unos días. Pero al llegar al número 5, Louise se detuvo. Hizo una señal. Observaron atentamente el cadáver. ¡Les cambia tanto la cara a los muertos! La cabeza estaba torcida hacia la izquierda, los labios rígidos; una parte de la cara había quedado desfigurada y esbozaba una espantosa mueca. Bajo el bigote se vislumbraba el nácar de los dientes. Le habían cerrado los ojos. Ya no tenía el semblante dulce que ellos conocían, pero el traje de tela color gamuza era el suyo, no cabía duda; un faldón de la chaqueta se le había levantado y Louise reconoció el forro de retales de algodón que ella misma le había cosido. También estaba el calzón de paño gris, las medias de lana, sí, tenía que ser él, pese a ese cráneo hundido y aquella horrenda mueca que le surcaba el rostro.

Cuando estuvieron fuera y emprendieron el regreso, caminaron sin mirarse. Louise se había quitado los zuecos y los llevaba en la mano. Al cruzar la barrera, se dijo que nunca olvidaría la cara de su hermano muerto, sus labios estirados hacia atrás, aquella máscara. Y cayó en la cuenta de que no le había dado un beso; eso le causó una inmensa pena. Luego le vino un recuerdo, o más bien un conjunto de recuerdos, que se habían unido unos con otros y

formaban en su cabeza una suerte de estribillo que le traía a la memoria su infancia. Era la edad en que uno empieza a pasear lejos de casa, a experimentar la libertad, y en que los padres temen que nos suceda algo. Ella y sus hermanos se habían construido unas minúsculas cabañas frente a la casa donde vivían, en las orillas del puerto del Trigo. Eran tres chozas minúsculas, construidas con cantos rodados, barro y tablas viejas; tan pequeñas que tenían que reptar para entrar en ellas, y con el mayor cuidado posible para no tirar los ramajes del techo. Una de las primeras que construyeron fue la de Louise. Habían acumulado dentro guijarros de formas extrañas y pequeños objetos con los que jugaban a comiditas. Un poco más arriba, hacia la Grève, una cuesta muy suave estaba flanqueada de fresnos. Y allí, en su recuerdo, doblan las campanas; sopla un poco de viento y doblan las campanas; va a caer la noche. Declina el sol. Louise atisba los últimos rayos entre los árboles, sobre las fachadas del muelle. La luz es hermosa, suave y cálida. Ya es hora de regresar, el río está ya oscuro. Corre con sus hermanos. ¡Corren hasta quedarse sin aliento! Están juntos, se ríen; se empujan un poco y se ríen.

A las diez de la mañana del día siguiente, los recibió el comisario Odent. Los hicieron sentar en sendas sillas de paja. Louise retorcía las cintas de su cofia. En el piso de arriba, alguien tocaba el clavecín. Mientras redactaba el formulario con membrete, el pasante les preguntó si habían reconocido claramente a su pariente. Contestaron que sí. Una vez redactada el acta, procedió a leerla: *tras haber examinado el cuerpo muerto número cinco, los aquí presentes han reconocido a su hermano, de nombre Augustin Vincent Petitanfant, de oficio peón y albañil, que habitaba con sus hermanos.* Tras lo cual, el pasante alzó la cabeza, y les pidió que tuvieran a bien firmar el documento. No sabían escribir.

# La deuda

Desde su cubeta calcárea, plantado en medio del limo, al oeste del bosque de Meudon, Versalles. Una ciénaga, un erial. Y por la carretera de París, toda una procesión de fruteros y verduleros, de pasteleros, heladeros, carníceros, proveedores de alimentos, se dirige al palacio; larga fila india de dulces, *macarons*, tartas genovesas, refinadas aves de corral, espinacas frescas, lentejas finas como la arena, jugosos pepinos, hermosas peras de Anjou, peras Inconnue la Fare, Beurré d'Hiver, Pérouille, pues Dios se ha sacado de debajo de su manto de luz un incalculable número de variedades de pera; sí, por los Campos Elíseos se trasiegan para el rey las mejores delicias de Francia. Como si un enorme gendarme dirigiera el tráfico de nuestras virtuallas, lo deleitoso y lo sibarita toman la dirección de Versalles, lo soso y lo magro la de los suburbios. Lo exquisito y lo sabroso arrean dando tumbos hacia el oeste de la capital, lo agrio se encamina a las chabolas. Lo tierno y lo suculento galopan hacia la corte, lo insípido y lo pocho se van a París.

Y, por encima de todo, en Versalles se juega, se juega insolente, incansable, loca, atrevidamente; se juegan cantidades importantes, todo Versalles juega. Juega el rey. Juega la reina. Hay mesas de juego en todas las estancias, en todos los edificios. Se juega al faraón, a los dados, a la lotería, a lo que sea. Un banquero acude expresamente de la ciudad con el fin de alimentar las mesas con dinero contante y de anotar las deudas. Se ametralla el tapete verde. Mientras la multitud parisina manduca por diez sueldos y se despacha su cuartillo de aguardiente, mientras Raffetin zampa con Cottin en la taberna del Grand-Faucheur, mientras se pimpla y se juega por apenas unos céntimos, en medio de un gran bochinche y humazo, entre restos de pescado y migas de pan, mientras una parroquiana zurra la badana a sus retoños junto a una panda de mendigos y traperos, mientras el reino rozaba la bancarrota, el déficit de la pensión de la reina se eleva a finales de año a casi quinientas mil libras.

Y alrededor de ese joyero, de esa dulce mandorla donde se desgranan los pequeños placeres, se afanan miles de albañiles, de jardineros, de jornaleros. El palacio es una obra eterna. Versalles es una obra eterna. Durante treinta años se cavará, se arrancará, se plantará, se edificará. Se precisarán treinta años de construcción, de explanación, treinta años para convertir una apestosa marisma, una extensión de bosque y agua estancada, en pabellones, parterres, bosquecillos, cornisas. Emigran hasta aquí desde toda Francia. Desde Berry, Bretaña, Normandía, Poitou, se acude a Versalles para tallar y labrar madera, para acarrear, mampostear. Los obreros se alojan en barracas de tablas. Todo es insalubre y feo. El trabajo es duro, los accidentes numerosos. Los niños juegan en medio del callejón. La gente se arrastra hasta el café, con sus viejos calzones de arretín, con su casaquilla de tela a rayas amarillas, manchadas por la faena. Una nube de limpiabotas aguarda ante las puertas de palacio. Entre los tenduchos pegados a las verjas, se cruza uno con Pierre Navet, que luce su miserable levita, y con Raymond, el aguador, y con el Barnabita, que nos pide un ochavo, y con el

Tormentos, que vocifera en su dialecto imposible, y con la lavandera a la que se mete mano, y con las remendonadas, las bruñidoras de oro, los gitanos, las busconas, zigzagueando entre los regueros de basura, donde se revuelcan los cerdos.

Versalles es una corona de luz, una lámpara de araña, un vestido, un decorado. Pero tras el decorado, e incluso dentro, incrustada en la carne del palacio, como esencia misma de sus placeres, bulle una actividad turbia, maledicente, subalterna. Así, uno se topa con chamarileros por doquier, porque en Versalles todo se aprovecha, todos los obsequios se revenden y todos los restos se recomen. Los nobles se zampan las sobras de primera mano. Los criados roen las carcasas. Y después se arrojan por las ventanas las conchas de las ostras y los huesos. Los menesterosos y los perros recogen lo que queda. Eso recibe el nombre de cadena alimentaria.

Pero antes que nada, antes que los prenderos, antes que las tabernas, insinuándose hasta el corazón de Versalles, hasta su corazoncillo de piedra, existía una caterva de planchadoras con las choreras arrugadas, de floristas. Sí, desde todos los rincones del reino, el palacio, sus girándulas, sus cohetes, sus máscaras, sus carrozas iluminadas con antorchas, sus hachones, su alegría, atraían a todos los oficios, a todos los enceradores de parqué, a todos los pinches, todas las ambiciones, desde el buen burgués hasta el gentilhombre, pero también las necesidades más obscenas. Mientras unas fiestas pletóricas de magnificencia celebran el amor y la juventud, y se usa amablemente el lenguaje de las tetas, mientras se dialoga entre maquillaje y lunar postizo, a la luz de las velas, y el atardecer se escurre entre las avenidas, más allá, en los pasillos alejados, en los muros de las barracas, todo un rebullir de busconas, bucaneras o gorriones, que, en el frío del invierno, entre dos cólicos, pendonean en busca de una pizca de azúcar y de tabaco, de unas monedas a cambio de una pizca de placer.

Con énfasis, se nos enseña el reinado de cada rey, sus episodios: la toma de posesión de Luis XIV, la reforma del reino, el

buen Colbert, la Regencia, la guerra de sucesión de Austria, el atentado de Damiens, la marcha de La Pérouse. Pero nunca se nos habla de esas pobres chicas procedentes de Sologne y de Picardía, todas esas guapas mujeres azotadas por la miseria y que subieron a un coche de postas con un simple atadillo de pingos. Nadie ha trazado nunca su itinerario desde Craponne a París, hasta las verjas del palacio. Nadie ha escrito nunca su fábula amarga.

Con el fin de alojar a las mil quinientas personas encargadas de la mesa del rey, se había expropiado a toda la población del antiguo pueblo de Versalles, ¡sí, a toda! ¡Marchaos a tomar viento, bribones, borrachines! Arrasaron el burgo y se apropiaron de la tierra a fin de construir el Grand Commun, un edificio central sobrio y armonioso, ejemplo de equilibrio y de mesura. Y hasta el final, hasta la Revolución, Versalles verá un derroche innumerable de servidores, lacayos de toda suerte, asadores, violinistas, portadores de instrumentos, corredores de vino, conductores de hacanea, verduleros, hortelanos, pinches de cocina; a lo que debe añadirse una horda de cargos y puestos, damas de compañía, pajés, y al menos una cuarentena de ayudas de cámara sólo para el rey, arrapiezos sublimes revoloteando en torno al lecho real, al espejo real, al orinal de Su Majestad.

Pero Francia estaba empeñada hasta el cuello. Ya no se sabía qué contarles a los banqueros en esa carrera hacia el abismo; las enormes pelucas habían costado carísimas. Los Luises, cualquiera que fuera su número, habían metido la mano bajo demasiadas faldas, pellizcado demasiados talles y mordido demasiadas nalgas. Ah, sí, lo sé, me lo han contado, lo que costó más caro, lo más costoso de verdad, lo que realmente se tragó el Tesoro fue la participación de Francia en la guerra de Independencia de los Estados Unidos. Al parecer, fue entonces cuando todo cayó en barrena. Pero no me creo una palabra. La deuda es más antigua. Se repite a más y mejor que el tren de vida de la corte representaba una ínfima parte de los gastos. Y nos hablan de entre un siete y un diez por ciento del presupuesto del Estado, como si eso no fuera

nada; un gravamen colosal, sin duda más alto todavía, hasta tal punto la contabilidad de los grandes rebasa siempre sus propias cuentas y abruma a los demás, los convierte en vasallos, los opprime.

Existen cuatro relojeros de la cámara del rey, y uno de ellos tiene, como única misión, dar cuerda al reloj de muñeca del monarca por las mañanas. Parece una broma, una chanza rabelesiana, una fantasía absurda, una habladuría. Pero hay cosas más divertidas, cosas peores. Está el capitán de los mulos de Versalles, cuando allí ya no hay mulos. Están los avisadores, cuya única tarea consiste en saber a qué hora desea oír misa el rey. Está la compra realizada por María Antonieta de un par de candelabros con diamantes, por doscientos mil francos, en 1775. Está, ese mismo año, la compra de un sublime par de pendientes. ¡Hala! Trescientos mil francos. Pero ¿qué son trescientos mil francos? ¡Qué ruines, qué mezquinos somos! Y luego está la moda, el emblema baladí, pero ¿quién sabe lo que es esencial para el alma? Llegado un momento, ironía de perversos demonios, hace furor la pulga; todo tiene que ser de color pulga, color pulga joven, color espalda de pulga, ¡ah!, la fantasía, la risa, hasta que la reina se cansa, la pulga ha quedado anticuada, lo que priva ahora es el rubio ceniciente. El peluquero de Su Majestad le ha cortado un mechón de su hermoso cabello. Mercurio lo lleva a las hilaturas de Lyon, donde deben fabricarse tejidos que tengan *exactamente* ese color. Pero la vestimenta no basta. Se precisa el peinado. Y eso es un arte. Se confeccionan cabelleras como nunca se volverán a ver, piezas montadas en varios niveles, montículos de cabello recogido, cardado, en punta. Se encuentra de todo, plumas, cintas, pequeñas escenas teatrales, una guapa molinera que conversa con un galán.

Al final, la nostalgia de una vida rústica llevó a construir la Aldea de la Reina, farsa campestre, paraíso en miniatura donde el teatro y la fiesta ayudan a olvidar los quebraderos de cabeza de la corte, la hambruna del reino y la deuda del Estado. En torno a un pequeño estanque se erigieron una decena de chozas, una granja, bien había que alimentarse, un palomar, que no falten los zureos, un tocador,

hay que estar guapa, un granero, porque nos gusta revolcarnos en el heno, un molino, porque es bonito, un jardín florido, y sobre un minúsculo río un puentecillo de piedra. Se inspiraba en el parque de Ermenonville, en su concepto sencillo, natural, dirigido directamente a la vista, al espíritu y al alma, y que al mismo tiempo había servido de inspiración para *La nueva Eloísa*, la novela de Jean-Jacques Rousseau. De modo que, en virtud de lo más ridículo de su persona, y a la par de lo más cautivador, María Antonieta mantuvo un leve contacto con el autor de *El contrato social*. Este acercamiento no debe sorprendernos ni preocuparnos. Después de la Revolución, el propio pueblecito servirá de taberna y posteriormente de casa de citas. Y, así, comparecemos de numerosas maneras ante el Tiempo. Éste nos entrega, con una venda en los ojos, a toda suerte de separaciones, y nuestras obras quedarán dispersas como las carnes de Atalía, echadas a los perros.

Y mientras los príncipes no se privan de nada, las finanzas del reino se agostan; Francia ayuna. Comienza entonces una furiosa y caótica caza del impuesto. La tasa, el tributo, el canon conforman un mismo aullido frío y monocorde; por un lado, exhalan el perfume y el humo que asciende de las lámparas de araña, por otro apestan a sudor y a candela. Sobrevino entonces una danza. Los ministros de finanzas se sucedieron a un ritmo desenfrenado. Se gobernaba a golpe de arbitrios: bancarrotas parciales, imposiciones supuestamente provisionales pero que se prolongaban sin fin. Llegó entonces Turgot, que pretendió la libre circulación de bienes y la desregularización de los oficios, con el fin de liberar a la producción de sus pesos. Cayó en menos de dos años. Luego llegó Necker, un banquero. Su favor apenas duró. Después fue el turno de Calonne; hombre delicado, al parecer enviaba a las damas guapas pistachos envueltos en vales de descuento. Corría el dinero. Favoreció a más

y mejor la especulación. Cuando el déficit alcanzó un punto crítico, lo despidieron. El Tesoro estaba vacío, pero se ignoraba el monto exacto de la deuda. Para calmar los ánimos, la corte anunció que iba a *reducir su tren de vida*. Fue una pequeña revolución doméstica. María Antonieta disminuyó el número de sus caballos, y recortó, en cosas relativas a su mesa y a sus aposentos, un millón; eso equivalía a confesar el monto exorbitante de sus gastos.

Luego ascendió de nuevo Necker, con el fin de tranquilizar la Bolsa, pues entonces era ya la Bolsa la que tomaba el pulso del mundo. Y mientras en Versalles se cazan ciervos, Necker se devana los sesos. Había comenzado su brillante carrera en Girardot, un banco de negocios franco-suizo especializado en la especulación con la deuda pública y las materias primas. El joven Necker llevaba los libros de cuentas; tenía fama de hábil. Cuenta la leyenda que inopinadamente sustituyó al encargado en un asunto capital. No se atuvo a las directivas que le habían marcado y adoptó una posición arriesgada, como esos *traders* que, en la actualidad, arrojan sus órdenes entre las mandíbulas del monstruo, esperando que la cosa funcione. Y aquello funcionó. Cosechó de golpe y porrazo un fabuloso beneficio de quinientas mil libras. Lo nombraron socio de inmediato.

El establecimiento prosperó. Especuló con la deuda inglesa, merced a informaciones de primera mano. Y es que, entretanto, Necker había sido nombrado administrador de la Compañía de Indias. Pero especuló también con la deuda francesa. La ganancia es una melancolía sin medida, toda la decepción del mundo se traduce en el poder de vender y de comprar. Y así, las competencias de Necker superaban los valores del Tesoro, iba al negocio. Orientó sus cálculos al precio de las materias primas, pero, sobre todo, a la compra de graneros, de cantidades descomunales de trigo. Por último, nombrado intendente de finanzas del rey de Francia, Necker emitió colosales contribuciones públicas. El banco que acababa de abandonar suscribió catorce millones.

Así, durante todo el periodo que precede a la Revolución, se asiste a curiosos tejemanejes sobre los fondos del Estado. La deuda pública no deja de aumentar y el pueblo pasa hambre. Se especula en la Bolsa con los préstamos. Francia se halla casi en bancarrota.

# Tomar las armas

El 4 de mayo, se convocaron los Estados Generales en Versalles. Al día siguiente, los asistentes se reunieron en una gran sala construida para la ocasión, en el palacete de los Menus Plaisirs. El lugar es sumptuoso. Mil ciento treinta y nueve diputados tomaron asiento. En esta ocasión se los necesita para recaudar el impuesto; deben aceptarlo los tres estamentos, antes de que suba la tensión. El primer día, se presenta el rey, quien declara ser el mayor amigo de su pueblo; a la gente le gustaría creerlo. A su izquierda, María Antonieta dormita. En su tocado lleva un penacho de plumas blancas. Por fin toma la palabra Necker. Éste se levanta, gordo, satisfecho de sí mismo, fatuo, como se decía entonces; y a juzgar por los trígonos y sextiles, los tresbolillos y las quintillas, la predominancia de los signos de aire en su discurso lo predisponen a cuanto es volátil: elasticidad, adaptabilidad demoniaca, pragmatismo. La presencia no menos notable del fuego indica un exceso de audacia, de arrogancia. La carencia de agua tiene efectos más tristes, denota un exceso de sensibilidad, no se es capaz de amar tanto como los demás, no se está implicado en lo

que entra en el ámbito del corazón. Y ese día Necker fue exactamente tal como era, frío, expansivo, no habló más que de finanzas y de economía política; fue abstracto, altivo, y aburrió a todo el mundo durante tres horas con un discurso técnico y oscuro. No se abordó ninguna de las cuestiones vitales. Fue un chasco, los asistentes estaban decepcionados.

Pasó el tiempo. La urgencia era cada vez más acuciante. Los franceses rugían. Y, al poco tiempo, el Tercer Estado se proclamó Asamblea Nacional. El 20 de junio, el rey mandaba cerrar la sala de los Menus Plaisirs. Se decidió entonces reunirse en el Jeu de Paume y se pronunciaron palabras importantes. ¡Juramento! ¡Constitución! Transcurrieron tres días. El rey declaró nulas las decisiones de la Asamblea y pidió a los diputados que abandonaran la sala. Los diputados del Tercer Estado se negaron a obedecer. Mirabeau pronunció entonces esa gran frase suya que comienza por el pueblo y concluye con la fuerza de las bayonetas. ¡Ah!, es como si a veces un hombre hubiera esperado toda su vida para pronunciar unas palabras, como si esas palabras lo poseyeran por entero, lo retuvieran entre sus sílabas, haciéndole expiar todo el resto, y portaran, en los pliegues del discurso, una mezcla de evidencia y de misterio, de grandeza y de trivialidad, en los que la humanidad ve reflejado su augurio. Sí, Mirabeau habla. Es un sentimiento, una verdad. Nadie puede hacer ya nada en contra. Dice. La gruesa boca se abre por primera vez con tanto brío como descaro. La voluntad del pueblo acaba de entrar en la Historia.

Y, a los cinco días, el rey cede. Invita a la nobleza y al clero a sumarse al Tercer Estado. Se llega a una reconciliación. Pero el pueblo recela. En la sombra, el conde de Artois apremia al rey a hacer uso de la fuerza. Destila su vinagre día tras día, hora tras hora. Y mientras se pronuncian palabras conciliadoras, se ordena

que se dirijan hacia París tropas de mercenarios. El propósito era escaldar los suburbios. Redoblaron los tambores; se vio desfilar a los chaquetas rojas, los tricornios, la sombra de los jinetes en las cercas de barro. París se sintió lentamente atrapada, oprimida, amenazada. En la casa Ramponneau, del barrio de la Courtille, los aguadores, la baratera de sombreros viejos, los vendedores de chatarra o de pieles de conejo, la vendedora de pescado, todo el mundo se exalta. Antoine Salochon, cochero, se exalta, Jean Morin, cantero, se exalta. En el mercado Saint-Martin, los toneleros se exaltan, las alquiladoras de sillas, las vendedoras de arenques o de remolacha se exaltan. En casa Bonneau, entre dos cubetas de vajilla, Charles Glaive, papelero, se exalta, Milou, vendedor de ajedrez, se exalta, Jean Robert, cerrajero, Chorier, tapicero, Picollet, impresor, se exaltan. En todas las tabernas se alzan las pintas de plomo, los vasos de gres, se brinda con cerveza y aguardiente, la gente se sube a los taburetes. Los Porcherons se encienden, el Moulin de Javel se enciende, Vaugirard se enciende, la Rapée se enciende, el Gran y el Pequeño Charonne, el Gros Caillou, Mesnil-Montant, todos los barrios populares se encienden. En la taberna de la Bouteille, se habla mucho y en voz alta, se grita, se blasfema. ¡Ah!, cómo le gustaba a la gente subirse a las mesas por aquel entonces. En la taberna de la Fontaine, Charles Bassin, cestero, se sube a la mesa y se acalora, Pierre Pontillion, tratante en granos, se acalora, Jean Chevreul, carretillero, se sube a su silla y se acalora. Las disputas van a más. Todo el mundo se acuesta tarde. Se habla y se habla. Nunca se había hablado tanto. Por lo general, se trabaja duro, todo el día un continuo mover de piernas y brazos, sudor, el cuerpo doblado. Pero desde abril, la gente habla. La boca produce palabras. Muchas palabras. Una avalancha.

El 11 de julio, se despide de nuevo a Necker. Es sustituido por Breteuil, vinculado al conde de Artois y a la reina. Todo el mundo comprende lo que eso significa: es el regreso de una política de intransigencia. La noche del 11 al 12, París se revuelve en la cama. La gente duerme mal. El 12 de julio, se masca la tensión en el ambiente. Por todas partes se forman coros, la gente se interroga, discute, protesta. Y he aquí que, por la tarde, en el Palais-Royal, un joven abogado de veintinueve años, de rostro dulce y hermoso cabello largo, como se llevaba entonces, dice tartamudeando que la dimisión de Necker es preocupante. Se forma un grupito que le presta atención. Lo animan a que levante la voz.

Esto sucede delante del café de Foy. La dueña del establecimiento había conseguido que permitieran a su marido la venta de refrescos y helados en la gran avenida de castaños, lo cual atraía a numerosa clientela. La dueña había obtenido dicha autorización en una audiencia particular del duque de Orleans, admirador de su belleza. Muestra palmaria del precio al que se pagaba la donosura. Y precisamente ante ese café, al que el bueno del duque acudía a veces a tomar una limonada y admirar a la bella dueña, fue donde Camille Desmoulins —tal es el nombre del joven abogado— se subió a una mesa del bistró y tartajeó su primer discurso. Porque tartamudeaba. Resulta increíble la cantidad de tartamudos convertidos en oradores y la cantidad de malos alumnos convertidos en escritores. Así de curiosa es la vida, que a menudo nos atrapa allá por donde ha fallado.

Camille propone al pueblo la ira. Se sube a una mesa delante del café de Foy. «Se prepara una noche de San Bartolomé de los patriotas», clama. Es su fórmula más famosa, su momento de gracia. La palabra «patriota» es a la sazón una suerte de ábrete sésamo. La multitud se muestra conforme con él. Las palabras del joven secundan nuestros miedos, la inquietud que va en aumento, la falta de pan. Sí, se prepara una noche de San Bartolomé. Pero no se producirá. El conde de Artois no entrará a la cabeza de sus mercenarios en París. Las palabras de Camille rebotan por doquier,

chorrean, rezuman, son la forma de este mundo; al igual que las de Mirabeau, tratan de un tema intangible, un estigma, una fe; lejos del minueto del lenguaje, son un signo, comprensible para todos y sin embargo insondable; son las palabras de todo el mundo.

Pero a los grandes momentos siempre se asocian episodios más livianos, disparatados, como una respiración del alma, donde se insinúa el error, merced a una delirante contorsión. En una tienda de los grandes bulevares, se sacan figuras de cera, los bustos del duque de Orleans y de Necker, y los pasean por las calles como nuestros lares, benefactores. Los árboles están repletos de hombres y de chiquillos apostados allí para ver mejor. Las ramas se arquean. La gente conversa de un árbol a otro. Los bustos desfilan debajo, inocentes y grotescos. Se ve gente por todas partes, en los tejados, en las ventanas, es increíble la cantidad de personas que puede haber en una ciudad, y ese tono nuevo, esa excitación, ese estallido verbal, esa amistad.

Y los manifestantes llegan a la Tullerías; entonces, bajo las órdenes del príncipe de Lambesc, un regimiento carga contra la multitud. Una jornada es un signo, y los signos son ambiguos, contradictorios. Y así, mientras la gente se desahoga, mientras la canción arrabalera suplanta a la gavota, los jinetes cargan. Golpean, ¡oh!, sin ánimo de matar, pero aporrean, atropellan, las mujeres corren entre los setos, todo el mundo retrocede, impelido como por una horconada de estiércol. Un buhonero, François Pépin, arrastrado por los jinetes, se lleva un bayonetazo. Para defenderse, la gente improvisa barricadas de sillas, se arma de palos, de piedras, y estalla la intifada de los pequeños comerciantes, de los artesanos parisinos, de los niños pobres.

Al final, los guardias franceses, entre quienes cada día crecía el descontento, se suman a los rebeldes. Desde el asunto Réveillon,

discutían las órdenes, se negaban de disparar a la multitud. Entre ésta había hermanos, hermanas, amigos. Enterados de lo que sucede en las Tullerías, los soldados abandonan al instante los cuarteles y se enfrentan a las tropas reales. Ante tan inesperada resistencia, el barón de Besenval ordena a la tropa retirarse.

París pertenece ahora al pueblo. Todo está trastocado. Agudizado. La gente se baña en las fuentes. Ha caído la noche. Pequeños grupos llegan hasta las barreras. Son cuadrillas de obreros, carpinteros, sastres, gente normal, pero también mozos de cuerda, desempleados, menesterosos, salidos directamente de su tenderete o del puerto del Trigo. Y, en la noche de la gran ciudad, saltó entonces una chispa, un grito fulgurante. La oficina de tasas de entrada fue incendiada. Luego otra. Y otra más. Las barreras ardían. Lo que arde proyecta sobre lo que nos rodea algo fascinante. Bailamos en torno al mundo que se trastorna, la mirada se pierde en el fuego. Somos paja.

La mañana del 13 de julio, los burgueses preocupados se reúnen en el Ayuntamiento. Se organiza un comité y se decide crear una milicia armada. A esa misma hora, el rey sale de caza. Su caballo galopa por los bosques, sus criados reúnen a los perros, suenan ladridos, el ciervo corre entre la espesura. Tan sólo el tiempo cambia a los hombres, pero ciertas distancias parecen cargadas de siglos; a veinte kilómetros de París, se vive en otro mundo. La reina está en el Trianón, cogiendo capuchinas. Los acontecimientos de los últimos días la tienen un poco nerviosa, pero sus horarios no varían. Recibe a Fersen; esa tarde, para relajarse, jugarán unas partidas de billar.

Entonces los parisinos se dedicaron a buscar armas. Temían que regresaran las tropas. Una curiosa idea que se les pasó por la cabeza, en el bullir de la acción, fue ir al Monte de Piedad. Se abalanzaron sobre los objetos empeñados, como si hallaran allí la respuesta a todos los problemas, una verdad perdida hacía tiempo, que un pobre diablo hubiera acudido un día a empeñar en el montepío. Lo habría depositado amablemente en el mostrador, a cambio de unas monedas; luego, como nadie habría acudido a reclamarla, el objeto habría quedado consignado, almacenado, olvidado. Y, en efecto, en el Monte de Piedad, entre los relojes suizos, los encajes finos y los viejos bastones, dieron con un buen montón de armas antiguas. Son las pistolas de Matusalén, los mosquetes del Diluvio. Comoquiera que sea, la multitud se arma.

Por la mañana, habían desvalijado el Guardamuebles de la Corona. Un variopinto tropel se deslizó por sus nobles arcadas. Se atropellaron en las grandes escaleras y los suntuosos salones, yendo a parar a la sala de armas. Una multitud impresionada arrancó de sus hornacinas los cañones de desfile, obsequio del rey de Siam. Imagínense aquellas bocas exóticas damasquinadas con plata, sobre sus cureñas de madera de las Indias barnizadas de negro; las arrastran de escalón en escalón, las deslizan por las rampas. Luego, los puños trajeron las armas de sus compartimentos de caoba, las lanzas doradas de los antiguos paladines pasaron a las manos de los curtidores y los cascos de los caballeros ornaron las cabezas de las modistillas. Algunos se cubrieron sin duda entre risas con los jirones de la armadura de Felipe Augusto, porque, en un cuadro de la época, se vislumbra la figura anacrónica de un caballero medieval por las calles de París.

Se apoderaron de reliquias, tizonas, arcabuces, alabardas, despojaron los figurines. Cuando se hubieron hecho con todas las armas, incluidos los sables chinos, y tal vez algunas azagayas, arrancaron los baldaquinos para hacerse bastones, las barras de las cortinas se trocaron en picas, y se confeccionaron garrotes con los pies de silla.

Desde hacía unos días, las armerías eran allanadas y saqueadas. Los documentos del Châtelet lanzan un horrible lamento. Aquí abren una tienda, allí revientan unas puertas, aquí roban unos barriles de pólvora, allí apandan unos cuchillos. Despiertan a un comerciante en plena noche, una banda irrumpió en su casa, quieren fusiles, pistolas. Por todas partes erraba una extraña multitud, armada con un batiburrillo de cosas. Y aquí tenemos, deambulando por el barrio de Saint-Antoine, al hijo de las Luces, armado con mosquetes y picas, pero también con escopetas de mecha y fusiles de rueda. Apenas saben utilizarlos, son antigüedades de los tiempos de Francisco I. Otros enarbolan hachas, puñales oxidados, míseras navajas. Son felices y desfilan a pleno sol.

Por último, fruto de una descabellada y sublime ocurrencia, las turbas llegaron a forzar las puertas de los teatros. Penetraron en los almacenes de utilería y convirtieron sus réplicas de escena en auténticas armas. Blandieron los escudos de Dárdano y la antorcha de Zoroastro. Las falsas espadas se trocaron en auténticos bastones. La realidad desnudó a la ficción. Todo se volvió verdad.